

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 23, 1-6): *El Señor nuestra justicia.*

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 2, 13-18): *Él es nuestra paz.*

Evangelio (Marcos 6, 30-34): *Y se puso a enseñarlas con calma.*

Ahora que nos hemos hecho mayores, tenemos más achaques, menos novedades en nuestra vida, estamos más a gusto en casa, no necesitamos salir por ahí. Pero nos sigue gustando que vengan a vernos a nuestra casa, que sigamos siendo alguien para los demás y poder contarles nuestras alegrías y nuestras penas.

Esta introducción viene a cuento hoy, al hacerme esta pregunta: ¿Nos dispersamos o nos congregamos, cuando llegan los días de las vacaciones del verano?

A muchas personas les gusta cambiar de sitio todos los años, prefieren conocer lugares, visitar monumentos, encontrarse con gente diferente, probar cocinas distintas o, simplemente, estrenar el coche nuevo, ir a alguna playa de moda o hacer muchas fotografías para poder presumir ante familiares y amigos, de menor poder adquisitivo.

Por el contrario, yo tenía la costumbre de repetir y repetir, hacer todos los años lo mismo, juntar a los niños: hijos, primos y amigos, conviviendo entre todos, haciendo “familia”. Hasta que los niños se han hecho mayores y ya no les apetece, toman otros vuelos. Y comenzó la dispersión.

Ahora me planteo un “nuevo proyecto” hacer las vacaciones con personas a las que veo poco durante el año pero tenemos proyectos de vida similares, estamos en momentos vitales parecidos (por edad y aficiones) y que nos gusta compartir lo que vivimos, lo que hacemos, lo que tenemos, nuestros recuerdos.

¿No se presenta la duda de que, en ciertos casos, el trabajo más importante pueda ser precisamente el de “perder el tiempo”? A fuerza de trabajar por la grey, se termina por perder de vista a las ovejas.

Conforme las personas nos vamos haciendo adultas descubrimos la necesidad de encontrar tiempo para nosotros mismos; sobre todo si nuestra vida cotidiana está llena con el trabajo, la familia, la casa y otras actividades fuera del hogar. Por eso, las vacaciones se convierten en algo necesario, no solo para desconectar y cambiar de actividad. Debemos encontrar tiempo también para plantearnos si todo lo que hacemos en la vida ordinaria tiene que ver con lo que cada uno de nosotros queremos ser.

Está bien que los demás: hijos, pareja, amigos, familia, compañeros, vecinos, etc., formen parte de nuestra ocupación del tiempo en la vida de cada día, pero la vida de uno, cuidador o cuidadora, debe ser atendida. Es importante tener en cuenta que todas las personas formamos parte de un proyecto mayor que el de cada uno, en el que seguro que hay muchas personas interesadas en llevarlo adelante.

Alguien se sacrifica por nosotros para acercarnos al proyecto global que el Padre-Madre Dios tiene para todos, propone un camino que puede conectarnos con muchas personas que todavía no conocemos, pero pueden ayudarnos a realizarnos como personas.

En nuestro caso son muchos, y de muchos países, los que han venido a vivir con nosotros; en ocasiones a hacerlo junto a nosotros, pero no con nosotros. Nos estamos perdiendo el enriquecimiento que unos y otros podemos lograr si compartiésemos la cultura y las tradiciones de cada cual.

Los momentos de actuar del grupo, de la comunidad, y los tiempos de descansar, de revisar y de discernir deben estar compensados para que todos podamos vivir todo; tiempo de caer en la cuenta de lo que nos corresponde a cada uno y no cargarnos algunos con lo que les corresponde a otros.

Es incomprensible que a la hora de planificarnos, como personas y como grupo, seamos capaces de interpelarnos y no dejar cargar a nadie lo que otros debemos llevar adelante. Es mejor hacer menos pero hacerlo juntos y bien.

La vida de cada grupo, de cada comunidad, de cada parroquia nunca debe impedir mirar lo que acontece fuera; tenemos que salir de la vida del propio grupo y darnos cuenta que hay personas sin apoyo grupal, sin apoyo institucional y, muchas veces, ni siquiera tienen un proyecto definido para sus vidas porque nadie les ayudó a hacerlo. Hay que acercarse a ellas, como el buen samaritano, para verlas, compadecerse de ellas, curar sus heridas, acompañarlas a donde les pueden ayudar y, si es preciso, compartir con ellas nuestro tiempo y nuestro dinero.

Es importante tener claro, saber, conocer lo que queremos, lo que necesitamos para llegar a nuestra meta, para alcanzar los objetivos, para saber lo que realmente merece la pena. Debemos transmitir a otros la importancia de saber quién soy, qué busco y por qué queremos compartirlo con ellos. Sobre todo cuando se trata del plan que Dios tiene para todos nosotros.